

Medio	La Tercera
Fecha	19-10-2014
Mención	La Iglesia bajo el arenal, opinión de Ascanio Cavallo. Mención al Rector y al Premio de Periodismo de la UAH.



Bitácora **Ascanio Cavallo**

La Iglesia bajo el arenal



¿Quién podría extrañarse de que en el último rincón del mundo se vuelva a librar la vieja lucha global de la Iglesia entre la conservación y la actualización?

L

La polvareda levantada por la revelación de que un sacerdote diocesano, Mariano Puga, y dos jesuitas, José Aldunate y Felipe Berríos, están siendo examinados por la vaticana Congregación para la Doctrina de la Fe, ha producido una espesa confusión.

¿Cuándo empezó todo? El incidente actual partió el 24 de junio de 2014, cuando, regresando de África, el jesuita Felipe Berríos dio una calculada y polémica entrevista al programa de TVN *El informante*, en la que criticó a la Iglesia, apoyó el matrimonio civil homosexual, denunció la discriminación educacional, acusó de “inmorales” decisiones de las universidades Católica y Los Andes y unas cosillas más. Incendio en el bosque.

En los días siguientes, varios obispos conminaron al provincial jesuita, Cristián del Campo, a exigir la retractación de Berríos o emitir una desautorización de la congregación. Berríos rechazó lo primero y solicitó una audiencia al cardenal Ricardo Ezzati. En la cena que compartieron, el cardenal reprobó uno por uno los dichos del sacerdote, con especial énfasis en el matrimonio homosexual. La relación quedó mal, pero no rota. El temperamento de Ezzati puede ser autoritario, pero no incluye esta clase de exclusiones, a pesar de la pobre imagen que le atrajo el confuso manejo del caso Karadima.

El Comité Permanente del Episcopado había amenazado con emitir una declaración de fuerte condena al sacerdote, pero, hasta donde se sabe, el propio Ezzati contribuyó a mitigarla y algunos incluso la interpretaron como un respaldo al sacerdote. Sin embargo, en paralelo, el mismo Comité Permanente envió una carta de reproche al principal jesuita.

En septiembre, en un encuentro con la Vicaría Zona Norte, Ezzati deslizó una infidencia que ha po-

didado convertirse en su peor error dentro del conflicto: dijo que estaba enojado con los dichos de los sacerdotes Berríos, Aldunate y Puga y que también lo estaba la Nunciatura, que le había requerido información sobre ellos. En el lenguaje cardenalicio, probablemente esto quería decir que su enojo era mayor por el hecho mismo de que se le hubiese llevado hasta la desagradable situación de informar al nuncio. De cualquier modo, el primero en conocer la versión completa de las palabras de Ezzati, el diocesano Mariano Puga, quiso entonces hablar con el nuncio. Pero éste no lo recibió.

Así es que aquí entra el nuncio Ivo Scápolo, nombrado en Chile por Benedicto XVI en el 2011. Scápolo está, como casi todos los nuncios, en la categoría de los “carreristas” -los que hacen carrera con la diplomacia- que tan poco gustaba a Benedicto XVI como, ahora, a Francisco I. Pero el nuncio sabe mejor que nadie que después de la reforma de la Curia introducida por Benedicto XVI, la única materia sobre la cual las iglesias locales están obligadas a informar a Roma son los casos sexuales.

Para requerir información sobre controversias doctrinales, Scápolo sólo pudo actuar por iniciativa propia -cosa improbable en un profe-

sional- o por una orden de la Congregación para la Doctrina de la Fe. ¿Cómo se genera una orden de este tipo? Por la denuncia de figuras eclesíásticas locales con influencia en el Vaticano o por la de laicos con peso similar; o por una convergencia o concertación de ambas fuentes. El único misterio del día son los nombres de estas personas. Cosa de tiempo.

La consecuencia lógica de esto es que el propio cardenal Ezzati puede haber sido acusado ante el Vaticano de no actuar ante sus discipulos. ¿Por qué podría querer Ezzati que su autoridad sobre los sacerdotes investigados fuese puesta en duda, especialmente si los ha reprimado en forma personal? ¿Se declararía tan incompetente?

El nuncio podría estar en una posición similar, aunque antitética con la de Ezzati. En el 2013, Scápolo realizó una indagación -menos discreta de lo que quizás pretendía- sobre Felipe Berríos, a propósito de la entrevista que dio en el Congo al mismo *El informante*, vaya sorpresa.

Aquí hay otro indicio: a sus 97 años y ciego, el sacerdote José Aldunate es casi un milagro de resistencia doctrinaria. Con 84, Mariano Puga da un similar testimonio de porfía y convicción. Ambos han sido sucesivamente castigados, rei-

vindicados y admirados desde los años 60. Descubrir ahora sus posiciones sería por lo menos un pecado de ignorancia.

La verdad parece ir por otro lado: ambos son el arroz graneado del plato de fondo, que es Berríos en primer lugar y, más ampliamente, los jesuitas. Cualquiera que siguiera estos matices podría haber anticipado lo que venía: la acusación contra el jesuita Fernando Montes, ya no por sus opiniones, sino por los premios de Periodismo que otorga la Universidad Alberto Hurtado. ¿Es preciso explicarlo más claro?

Cuando el líder de los ultraconservadores Legionarios de Cristo es condenado por abusos contra una menor; cuando los jesuitas son los únicos interlocutores eclesíasticos del gobierno de Bachelet; cuando la Conferencia Episcopal sigue refrenada por los obispos discípulos de Karadima; cuando el mundo se pregunta si Chile ha entrado en el izquierdismo populista de otras naciones de América Latina, y cuando la paquidérmica Curia romana se sigue moviendo a un ritmo diferente que el de un Papa solitario, ¿quién podría extrañarse de que en el último rincón del mundo se vuelva a librar la vieja lucha global de la Iglesia entre la conservación y la actualización? ●

